

MIRADOR

La línea del horizonte

Mauricio Ortiz

22

EstePaís cultura

► Nada más fácil que mirar el mar. Hay desde luego que estar ahí, a mitad de la inmensa planicie acuática o al menos en sus lindes, pero una vez conseguido esto no hay más que dejarse perder con los ojos en todas partes y el ánimo en ningún sitio.

No pasa mucho tiempo, sin embargo, cuando sin apenas notarlo ya estás hipnotizado por la línea del horizonte. Abajo el mar y su oleaje, destellos dorados según la hora, crespones blancos según el viento. Arriba el cielo y sus estratos, el sol según las estaciones, nubes blancas o violetas según la atmósfera. Y entre el mar y el cielo, siendo uno y otro sin ser ninguno, uniéndose en ella ambos sin posibilidad de hacerlo, esa línea finísima que nos hipnotiza sin remedio. Compuesta de lejanía, de pronto se la ve al alcance de la mano. Recta como plomada, de pronto se revela curva. Nítida y precisa, de verla se desdibuja hasta esfumarse.

No sirven las gafas para ver la línea del horizonte, ni los prismáticos ni el catalejo ni el telescopio. Intenta explicarle a un ciego de qué se trata. ¿Podrá fotografiarse?

Si mirar el mar es de lo más fácil, un don natural de la vista humana, y algo casi automático clavar la mirada en el horizonte, tomar fotografías del mar es difícilísimo y diríase imposible captar la elusiva línea que lo cose al cielo. Qué atardecer tan impresionante, qué olas majestuosas, qué extensión inusitada. Y qué pobres, sobre la mesa del comedor, los abundantes intentos por capturar las glorias marinas en tu cámara de fotos. Porque para fotografiar el mar no basta con mirarlo, hay que verlo: imponer a la mirada un propósito que no tenía, someter el ánimo vagabundo a una voluntad que despreciaba.

En los comienzos de la fotografía el mar representaba un reto mayúsculo. La baja sensibilidad de las primeras emulsiones fotosensibles obligaba a tiempos larguísimos de exposición, largos minutos. El mar resultante no era más que una masa borrosa que igual podía ser de agua que de humo o polvo. El mar, siempre recomenzado, necesitaba velocidad.

El primero que logró plasmar imágenes incontrovertibles del mar fue el galés John Dillwyn Llewelyn (1810-1882). Emparentado políticamente

con William Henry Fox Talbot, uno de los inventores de la fotografía, interesado en todo lo relacionado con el desarrollo técnico del flamante medio, Llewelyn probó las virtudes y los límites del calotipo, el daguerrotipo, el papel salado y por fin el colodión húmedo. Fue sin duda la mayor velocidad, es decir la mayor sensibilidad, de este último proceso lo que cimentó su éxito en la confección de marinas. En 1851 Llewelyn hizo una serie de tomas de la bahía de Caswell, en la península de Gower, al sur de Gales, y los historiadores coinciden en asignar a esas imágenes el honor de ser las primeras fotografías del mar.

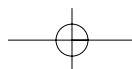
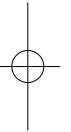
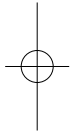
Unos años más tarde, a partir de 1855, el fotógrafo francés Gustave Le Gray (1820-1884) llevó el arte de las marinas a una temprana cima. El Mediterráneo. Una ola. Un rompeolas y un faro. Un bergantín a la distancia. En fin, lo que es el mar.

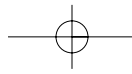
La gran diferencia en las fotografías de Le Gray fue el peso equivalente, en densidad, en detalle, en cuerpo, del cielo y el mar. Para lograrlo recurrió a un sencillo artificio: cada fotografía estaba compuesta por dos negativos, uno expuesto según las necesidades del cielo, más claro, y otro según las del mar, más oscuro. Utilizaba colodión en placas de vidrio de 16 x 12 pulgadas y hacía sus impresiones por contacto en papel de albúmina, lo que daba aún más nitidez al resultado.

¿Cómo juntaba Le Gray los dos negativos al imprimir la fotografía? Obvio, como se juntan siempre cielo y mar: la línea del horizonte como recurso primordial, eje de composición pictórica y referencia técnica a la vez.

Con todo, si algo se echa en falta en estas imágenes sublimes, y para el caso en todas las que les han sucedido desde entonces, es precisamente ese "espacio" de cambio y oposición. Ha de ser porque la línea del horizonte no es real: es una línea imaginaria y la fotografía lo único que puede hacer es trazar el lugar donde acaso iría.

No, nada tan difícil como ver el mar. ~





Gustave Le Gray, *Bergantín en el agua*, 1856.
Impresión de albúmina, 12 5/8 x 16 1/16 pulgadas.
© J. Paul Getty Trust

